

¡Maldita silla trasera!

Por: Ingrid González

La idea se perfiló claramente. Mi personaje, Libardo, habló de sucesos superincreíbles que se desarrollan, en su mayoría, en el cojín gris de su silla trasera. Pensé que los tragos de *Red Label* –porque no tocó el tema sino en ésas– le habían afectado su capacidad inventiva. “Por qué no me deja acompañarlo así sea unas horitas”, le expresé con fe y, entre whisky y parla, él accedió.

Dos personas más, amigos de Libardo, se unieron al recorrido porque en caso de requerir apoyo sólo nos serviría el de la fuerza o el favor de algún dios. Libardo no tiene radioteléfono por dos razones: la primera, porque no soporta las sandeces y groserías entre los afiliados amarillos; le da pena con los pasajeros y le fastidian las respiraciones defectuosas del aparato asmático, “cómo le fue, hijueputa”, “...¿qué pasó con esa gonorrea?”, como si la enfermedad tuviera pies. La segunda es la paranoia y la duda que diseminan los mismos compañeros radiales sobre las últimas novedades peligrosas de las cuadras bogotanas. Entonces, y como fetiche, se cubre con la sangre de Cristo y se santigua a las seis de la mañana, después de degustar un desayuno con chocolate, pan y huevos revueltos que compra por \$1.500 pesos cerca a la antigua calle del Cartucho, para terminar vivito y coleando su recorrido a las tres de la madrugada, desde hace cuatro años.

En esos 1460 días, la silla trasera de su taxi Hyundai *Atos*, y en casos poco comunes la delantera también, ha recibido pasajeros con prácticas repugnantes. No hace mucho, una mujer de unos cuarenta

Talleres de crónicas barriales

años le comentó sobre una fantasía sexual que se desarrollaba en un taxi. Empezó a masturbarse y Libardo no se lo impidió; se limitó a seguir conduciendo hacia el destino de su atrevida pasajera. También hay “niñas” de colegios en la localidad de Kennedy como el INEM (Instituto Nacional de Educación Media), que por no perder el sacro dinero de sus onces ofrecen una tocada a cualquier parte de su cuerpo, así pagan la carrera del taxi y no acumulan papelitos de retardo en su observador. Asimismo hay ofertas de cosas: a Libardo le han ofrecido relojes, de marcas como Swatch, a cambio de tocar sus genitales.

Y no sólo el sexo es un medio de trueque, se ofrece gratis, de ahí el dicho: “Taxista que se respete tiene moza”. Libardo recuerda cuando recogió un martes, a las seis de la tarde, en el barrio Fontibón a una mujer de menos de 30 años que se bajó los pantalones para que él la acariciara. “Por favor, me podría tocar”, le suplicó. Dijo sentirse tan sola que un contacto lascivo podía ayudar a romper ese empalagoso sentimiento. Pero no únicamente las mujeres piden esos pormofavores. Por ejemplo –y sobran como el pan–, una vez terminó recogiendo a un gerente comercial de Comcel, quien le pidió que le diera vueltas por ahí, después lo invitó a su apartamento en el barrio Castilla, al occidente de Bogotá. Libardo lo dejó ahí y para terminar con la insistencia de la invitación, le prometió que se iba a duchar, pero que segurísimo volvía. El hombre encorbatado le dio diez mil pesos para los condones, y no especificó marca. Por supuesto, el gerente tuvo que buscar otra cita porque esa la dejó ir.

Libardo también ha tenido que botarse de su *cap* al estilo Keanu Reeves en *Máxima velocidad*, pero lo hizo en la calle 23 con carrera 27 cuando se subieron cuatro muchachos; uno en la silla delantera con una botella de whisky en las manos que le propuso sexo al conductor, y el resto atrás. Ante las negativas de Libardo, a los que

estaban sentados en la silla trasera se les ocurrió violarlo; ahí Libardo apagó el carro y se botó. Por suerte pasaba otro amarillo que sí tenía radioteléfono y le dio apoyo. Los pasajeros salieron corriendo.

A pesar de incidentes como ese, Libardo nunca ha tenido que usar sus manos fuera del timón, como para repartir golpes, él prefiere apagar el carro –cuando se siente muy acorralado– y oprimir un botón en un bloqueo que tiene también como llavero –por cierto, no sirve–, pero alumbra una lucecita muy simpática, y opta por bajar a los pasajeros.

También hay travestis que suben al taxi de bares gay en la Primera de Mayo, en el barrio Restrepo y en Chapinero; que se cambian mientras cuentan las calles y los segundos para llegar a sus hogares, porque son todos unos varones en el día, pero de noche se perfila su carácter de *Queen* nítidamente. Se desmaquillan, se quitan pelucas estrafalarias, zapatos de tacón que dejan ahí en la silla, y se amarran la corbata. Libardo ha encontrado blusas Fuera de Serie, botas Aquiles, y maquillaje Max Factor, que luego tira en cualquier lugar.

“Yo estaba esperando en el semáforo que queda a la entrada del cementerio El Apogeo, por la autopista sur, a la una de la mañana, cuando se me acercó una mujer flaca, muy normal, hasta vestida de jean. Estaba gritando, “¡mamá, mamá!”, desesperadamente. Yo aceleré de una, pero a los pocos metros volteé a mirar y no había nadie por ahí. Se me erizaron todos los pelos”, me comenta Libardo sobre su peor susto. “Por eso uno de taxista no respeta los semáforos por la noche”. Tampoco usa cinturón de seguridad por la facilidad para ahorcarlo con éste desde la silla trasera en caso de atraco, aunque nunca le haya pasado, pero ha encontrado –entre la variedad de objetos femeninos– cuchillos y navajas en el tapete del taxi, y los laterales de las puertas. Libardo cree que la razón por la que se

arrepienten de atracarlo se debe a su santiguada mañanera. O algún retén que por suerte lo requisa.

En realidad hay muchos taxistas que aceptan las desafinadas propuestas de los pasajeros de la libido. Aprovechan los ofrecimientos para irse con ellos a un jacuzzi, a una residencia, de programa. La mayoría de los amarillos que trabajan de noche se dedican a "apartamentar" o robar casas, por eso –no todas las veces– la muerte de un taxista se debe a un ajuste de cuentas. Al robo no es muy corriente porque son contados los que se apegan al taxi, teniendo en cuenta que la mayoría no son sus propietarios, lo arriendan, como es el caso de Libardo.

Parada en la zona roja

Pero no sólo el fango cubre la silla trasera del *Atos* de Libardo. Afuera de los vidrios hay, y en todo el sentido de la palabra, una basura de ciudad. Cuando le dije a Libardo que mi verdadero deseo para salir con él era las fotos, puso cara de asombro. De ahí que me recogiera con otro hombre y una mujer, familiares suyos, y me pasara a la maldita silla trasera, y me sentara en un cojín tan recorrido. Salimos a las diez de la noche por toda la carrera 30 para desembocar en la calle 24; finalmente llegamos a la famosa zona de tolerancia de Bogotá, la avenida Caracas con calle 19, al Barrio Santa Fe, donde según mi personaje y sus acompañantes yo iba a captar fotos –en movimiento– que valieran la pena. Porque para bajarme y flexionar mis rodillas fuera del auto me faltaban agallas y edad.

Ese barrio de santa no tiene sino los pequeños hijos de siete, hasta tres años de las prostitutas que se pasean con ellos, que van a la oficina de "mami". Y de fe, la de los playeros, hombres –muy comunes– que se paran en una esquina a ofrecer cuerpos de cualquier característica y edad, además de objetos como revólveres

hasta libretas militares. En este mercado se consigue todo lo ilegal, el precio varía según el antojo, y la facilidad para adquirir su petición.

Para Libardo, los que frecuentan esa zona de tolerancia son unos enfermos mentales. En discotecas como *La Piscina*, ubicada en la avenida Caracas con carrera 23, el lema es: "ven gózatela y disfrútala". Cada cinco minutos se sumergen prostitutas y hasta travestis, –putas con piernas largas y manos de gorila– para chapucear entre tonadas de *raggaeton* y de música electrónica. Sitios como ese no se mencionan en la página web oficial de la cultura capitalina donde aparece el listado de los sitios de vida nocturna e interés en Bogotá; y no es precisamente por la falta de asistencia.

El nefando conglomerado se esparce a través de diversos autos, desde camionetas BMW a simples corceles urbanos que provocan trancones de rueda lenta. Pero lo más transitado por esas vías –y hay que notar que en su mayoría tienen un buen pavimento– es la diversidad de vidas. Está el jíbaro lisiado que se instala dentro de una especie de triciclo motorizado para vender papeletas de bazuco desde \$500 pesos. El respetado empresario que entra en una residencia o un club privado –aunque la diferencia no es mucha porque se va a hacer lo mismo– donde con una cortinita a rayas negras y amarillas cubren la placa de su vehículo, a desenvolverse como Dios lo trajo al mundo en un espacio de cuatro paredes. Y en 'quincena' –época intermediaria de pago salarial– realmente no hay espacio para carros, ni para pies, ni para nada. Simplemente no se puede andar.

La gente que circula el barrio Santa Fe también madruga a hacer el amor. Es fácil divisar en las esquinas personas de igual o distinto sexo en pleno "*in-out, in-out*".

Talleres de crónicas barriales

Pero las “estrafalarias” noches que refleja Bogotá en, y fuera de la silla del taxi de Libardo tal vez se compensen con los \$130.000 pesos que recibe en promedio por sus 18 horas diarias de recoger, ver, escuchar, soportar y sentir a su materia prima de trabajo.

Nuestro recorrido acabó a la media noche con un jugo Hit para mí y una Pony Malta servida junto a dos Kool Light para Libardo. Casi al final me cuenta de cuando un viejito le cantó en francés, italiano e inglés. “Uno le debe llevar la idea al pasajero”, me repite Libardo y se sube a su “zapato” amarillo.

Talleres de crónicas barriales